

¿DÓNDE VAS,

# EUROPA?

Miquel Seguró y Daniel Innerarity (eds.)

Marina Garcés · Roberto Esposito · Ramón Cotarelo · Anthony Giddens · Manuel Cruz  
Daniel Gamper · Javier Solana · Josep Ramoneda · Gianfranco Ravasi · Daniel Innerarity  
Eva Illouz · Slavoj Žižek · Gianni Vattimo · Santiago Zabala · Victoria Camps  
Francesc Torralba · Yves Charles Zarka · Noam Chomsky

Herder

Miquel Seguró  
Daniel Innerarity  
(eds.)

# ¿Dónde vas, Europa?

Con textos de:

Marina Garcés · Roberto Esposito · Ramón Cotarelo  
Anthony Giddens · Manuel Cruz · Daniel Gamper  
Javier Solana · Josep Ramoneda · Gianfranco Ravasi  
Daniel Innerarity · Eva Illouz · Slavoj Žižek  
Gianni Vattimo · Santiago Zabala · Victoria Camps  
Francesc Torralba · Yves Charles Zarka · Noam Chomsky

Traducción de  
Patricia Orts

**Herder**

*Diseño de la cubierta:* Gabriel Nunes

*Traducción:* Patricia Orts, para los artículos de R. Esposito, A. Giddens, G. Rava-si, E. Illouz, S. Žižek, G. Vattimo y S. Zabala, Y. Zarka, N. Chomsky.

*Edición digital:* José Toribio Barba

© 2017, Herder Editorial, S.L., Barcelona

ISBN DIGITAL: 978-84-254-3987-2

1.<sup>a</sup> edición digital, 2016

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a cedro (Centro de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com))

**Herder**

[www.herdereditorial.com](http://www.herdereditorial.com)

# Índice

## PROEMIO

Raimund Herder

## PUNTO DE PARTIDA

Miquel Seguró

## DISTANCIAS PRÓXIMAS. LIBERTAD Y UNIVERSALIDAD EN UN MUNDO COMÚN

Marina Garcés

## EL «GRAN ESPACIO» EUROPEO

Roberto Esposito

## LA EUROPA REALMENTE EXISTENTE

Ramón Cotarelo

## ANOTACIONES PRE Y POST *BREXIT*

Anthony Giddens

## LA POLÍTICA QUE VIENE Y LA POLÍTICA QUE SE NECESITA

Manuel Cruz

## EUROPA: ENTRE LA REALIDAD NEGATIVA Y LA ASPIRACIÓN MORAL

Daniel Gamper

## EUROPA HACIA EL EXTERIOR

Javier Solana

## LAS INSTITUCIONES MORALES EUROPEAS

Josep Ramoneda

[DE LAS «EUROPAS» A UNA «EUR-HOPE»](#)

Card. Gianfranco Ravasi

[LA PROMESA SOCIAL EUROPEA](#)

Daniel Innerarity

[LAS EMOCIONES DE EUROPA](#)

Eva Illouz

[¿QUÉ DICE SOBRE EUROPA NUESTRO MIEDO A LOS REFUGIADOS?](#)

Slavoj Žižek

[NIHILISMO A LA \(UNIÓN\) EUROPEA](#)

Gianni Vattimo y Santiago Zabala

[EUROPA Y EL ISLAM](#)

Victoria Camps

[CONFLICTO AXIOLÓGICO Y PLURALIDAD ESPIRITUAL EN EUROPA](#)

Francesc Torralba

[LA LABOR DE LA FILOSOFÍA EN LA ÉPOCA DE LOS CAMBIOS GLOBALES](#)

Yves Charles Zarka

[¿NOS ENCONTRAMOS ANTE LA DESCOMPOSICIÓN DE LA INTEGRACIÓN EUROPEA?](#)

Entrevista a Noam Chomsky

[AUTORES](#)

*Un día, mientras Europa jugaba con sus amigas en una playa, Zeus, el dios de dioses, la vio y rápidamente quedó prendado de ella. A sabiendas de que Europa podría rechazarlo a pesar de ser Zeus, decidió aparecérsele como un toro blanco con grandes cuernos y se rindió a los pies de Europa.*

*En un principio se asustó mucho, pero al final se montó sobre su espalda. Zeus comenzó a correr sobre las aguas a una gran velocidad y tanto corrió que llegó hasta Creta, y mientras tanto los hermanos y madre de Europa salieron a su búsqueda, pero no dieron con ella.*

*Zeus consiguió unirse con Europa y tener tres hijos: Minos, Sarpedón y Radamantis. Pero no podía estar todo el tiempo con su amada, así que la recompensó con tres regalos: un perro que siempre conseguía atrapar a su presa, una jabalina que siempre acertaba en el blanco que se hubiera elegido y a Talo, un autómatas de bronce que tenía como misión cuidar las costas de Creta. Además, permitió que Europa contrajese matrimonio con Asterión, quien adoptó a los hijos de Zeus.*

*Fue tal el amor que tenía el dios de dioses por Europa, que cuando esta murió le concedió honores divinos y aquel toro en el que se llegó a convertir Zeus pasó a formar parte de una constelación.*

## Proemio

*Raimund Herder*

¿Qué es Europa? ¿Un continente? ¿Una idea? ¿Una cultura? ¿O la historia común de muchos seres humanos? Tal vez sea el gran Leviatán. ¿O es un poco de todo? Sobre todo, Europa parece haberse convertido en una obviedad.

Las fronteras abiertas y el irrestricto intercambio cultural y económico ya no nos llaman la atención. No nos asombra que en 36 horas se pueda viajar en tren desde Lisboa hasta Varsovia sin detenerse en frontera alguna. Y nos parece del todo normal que tantos jóvenes tengan año a año la posibilidad de estudiar en el extranjero, y que, de ese modo, trascendiendo las fronteras lingüísticas, surjan incontables amistades y se constituyan no pocas familias. Y nadie es consciente de que en Europa, donde vive el 8 por ciento de la población mundial, se distribuya el 50 por ciento de las prestaciones sociales a nivel planetario. Europa, la libertad, la paz y nuestro bienestar son hoy en día nuestro estado normal. Pero la historia nos cuenta otra cosa.

Las fronteras geopolíticas del continente surgieron en 1453, cuando Constantinopla fue conquistada por los turcos. El papa en Roma, Nicolás V, llamó a los soberanos cristianos a la unidad y a la lucha en común contra la nueva potencia. Y utilizó, al hacerlo, un nombre que entonces había caído en el olvido: Europa. Pero su llamamiento no halló oídos dispuestos. Bizancio, el viejo imperio situado en la intersección entre Europa y Asia, siguió en manos turcas. Una nueva era comenzaba. El Mediterráneo, que en la antigüedad había sido el centro del mundo, se convirtió en frontera desde Gibraltar hasta el Bósforo.

Al mismo tiempo, se inauguró también, en el ámbito del espíritu, una nueva era que en los siglos sucesivos no sola-

mente produjo las mayores obras de arte y de arquitectura, dio a luz a las universidades y a las ciencias del espíritu y la naturaleza, sino que también generó una nueva idea social. La Europa de la Edad Moderna se convirtió en una sociedad burguesa cuyo espíritu se resume en los conceptos de *liberté, égalité y fraternité*.

También proviene de esos tiempos otro fenómeno: la idea de la nación y los Estados nacionales, que trajo consigo guerra y muerte. Es la otra cara de nuestra historia, la cara oscura: el autodespedazamiento de Europa en cinco siglos de guerras, que solo terminó cuando dos no europeos, Stalin y Roosevelt, se repartieron el continente.

Esa partición habría sido definitiva si Europa no hubiese recibido una segunda e inesperada oportunidad cuando en 1989 cayeron los muros que la habían separado durante décadas. Antes, políticos visionarios como Schuman, Monnet, De Gasperi, Spinelli y Adenauer supieron tenderse la mano en son de paz por encima de las incontables tumbas de los muertos y crear una estructura que reunió a Europa con el gran objetivo de no permitir que nunca más estallara una guerra fratricida. Los principios de la *libertad*, de la *igualdad* ante la ley y de la *solidaridad fraternal* fueron así colocados sobre el suelo de otro principio aun más importante: la paz.

Cuando los futuros historiadores dirijan su mirada a esta Europa se llenarán de admiración. Haber alcanzado esa unidad en la paz se considerará, tal vez, el mayor logro de la creatividad europea en 500 años.

Solo nosotros, los contemporáneos, parecemos no verlo. Nacionalistas y populistas concitan seguidores como no lo hacían desde las décadas de 1920 y 1930. Después de una campaña basada en mentiras, el Reino Unido es el primer país que vuelve la espalda a Europa. También en otros países los demagogos siguen echando leña al mismo fuego, sin ver aquello que ponen en peligro.

Nos asalta la angustia de que podríamos frustrarlo todo, de que podríamos no estar a la altura de los logros y de los sacrificios de nuestros antepasados, y no mostrarnos dignos



de ellos. De esas consideraciones surge la pregunta: ¿Quo vadis? ¿A dónde vas, Europa? Y surge la idea de este libro. Brota del deseo de hacer una aportación a la discusión en torno a Europa, cuyo futuro nos preocupa tanto.

Cuando cayó Bizancio, Gutenberg hacía los primeros intentos de imprimir libros con tipos móviles. La historia de Europa es impensable sin el libro. Son los libros los que propagan el vertiginoso progreso del pensamiento y la investigación europeos. Pocas cosas reflejan el espíritu de Europa como el libro impreso y de amplia difusión. ¿Qué puede resultar más natural y evidente que reflexionar sobre Europa haciéndolo en un libro? Ojalá este encuentre sus lectores, dé sus frutos y se demuestre así, una vez más, que el plomo de los cajistas puede más que el de las balas — aun cuando hoy en día ni se componga ni se dispare ya con plomo.

## Punto de partida

Miquel Seguró

Europa está bajo mínimos. Parece ir a la deriva, hacer aguas por todas partes y necesitar con urgencia pasar por el diván. Convulsionada internamente por una serie de cuestiones no resueltas que estallan a la vez, Europa está sumida en una profunda crisis de identidad de imprevisibles consecuencias.

Para empezar, el espacio geográfico que ocupa no está claro. ¿Se trata de un continente o de la parte occidental de un supercontinente? ¿Dónde poner sus fronteras, pensando, sobre todo, en el este? Porque si bien es indudable que Rusia forma parte de la tradición cultural europea, no pertenece a la Unión. Incluso constituye una de sus alternativas geopolíticas. En cambio, Turquía sí que podría en breve pasar a formar parte de la Unión, y no por ello ejemplifica precisamente los fundamentos axiológicos de esa tradición cultural.

¿Qué es, pues, Europa? ¿Un continente, una tradición cultural o algo diferente? ¿Acaso una federación de estados soberanos que libremente participan de un proyecto común de convivencia llamado Unión Europea?

La idea de una unión supraestatal libremente asumida es, para muchos, un proyecto de lo más atrayente, pero es, en efecto, lo que está más en duda ahora mismo. La credibilidad del proyecto en común de la Unión Europea se ha visto fuertemente zarandeada por el *Brexit* y la crisis de la deuda en Grecia. En ambos casos se ha puesto de manifiesto la poca consistencia ideológica del proyecto común. Sobre todo en lo que atañe a la gestión de la crisis griega, que ha hecho popular el concepto de *troika*, triunvirato que conforman la Comisión Europea, el Banco Central Europeo

y el Fondo Monetario Internacional. Ha sido la resolución (provisional) del caso griego lo que ha agotado la paciencia a muchos defensores de lo europeo, el postrero episodio de una crisis de legitimidad pública y social de Europa arrastrada desde hace algunos años. Una crisis económica que parece reducir el proyecto de la Unión a mero juego de intereses económicos y, por lo tanto, alejado de cualquier ideal ilustrado o posilustrado de generar una identidad ciudadana común.

De hecho, la actual Unión Europea remite al tratado de Maastricht, en vigor desde 1993, con cuya firma se daban prácticamente por superadas las tres instituciones que hasta entonces estaban vigentes en Europa: la Comunidad Europea del Carbón y el Acero (CECA), la Comunidad Europea de la Energía Atómica (Euratom) y la Comunidad Económica Europea. El origen de estas tres comunidades precedentes es, sobre todo, económico y orientado a establecer una conexión de intereses mutuos entre unos países todavía traumatizados por el desastre de la Segunda Guerra Mundial.

El nacimiento de la CECA, por ejemplo, sellada en 1951 y promovida por los franceses Robert Schuman y Jean Monnet, es un claro ejemplo de la intención económica del proyecto común. Considerado como el punto de arranque decisivo para la integración europea, los seis países firmantes (Francia, Alemania Occidental, Países Bajos, Bélgica, Italia y Luxemburgo) crearon una primera institución supranacional para gestionar el Sarre y la zona del Ruhr, prominentes zonas industriales alemanas que estaban a merced de los intereses de los aliados. De este modo, se consolidaba una serie de intereses económicos comunes encaminados a evitar más conflictos y garantizar una paz más estable.

Si Europa debe ser algo más que una inestable alianza económica, su camino ha de transitar por unos derroteros que no sean los de los tratados que gestaron su nacimiento. Y debe hacerlo pronto, porque, aunque la firma del tratado de Lisboa —en vigor desde 2009, tercera revisión del tratado de Maastricht— instauró la personalidad jurídica

propia y unitaria de Europa, aún no existe una Constitución vigente para la Unión. El proyecto de dotar a toda Europa de un texto constitucional fue puesto en marcha en 2003 y, a pesar de los esfuerzos del Parlamento Europeo para hacer que los estados miembros lo ratificaran, insignes países como Holanda y Francia (ambos integrantes de la antigua CECA) rechazaron el texto tras no recibir en referéndum el apoyo de la ciudadanía. En España, la Constitución europea sí recibió el refrendo ciudadano, pero la participación apenas superó el 42%, la más baja desde la restauración de la democracia en 1977.

Europa se descubre como un cínico eufemismo del juego de intereses de unos pocos sobre el resto. Es verdad que desde 2000 existe una Carta de los Derechos Fundamentales de la Unión Europea en la que se habla de principios como la dignidad (capítulo I), la solidaridad (capítulo IV) o la justicia (capítulo VI). Pero la noción de ciudadanía que de ahí emana parece darse de bruces con la realidad de los hechos, con la implacable agenda de lucha de intereses financieros de los gobiernos de los Estados miembros, ligados, a su vez, a los dictados de las empresas privadas que condicionan sus agendas. Por eso, las costuras del proyecto parecen ceder en este preciso instante, cuando a la Unión se le exige ser algo más que un juego de intenciones.

A esta preocupante falta de cohesión interna hay que añadirle el momento especialmente convulso por el que pasan las relaciones internacionales y la coexistencia de viejos y nuevos poderes geoestratégicos (China, por ejemplo), además de los males que de esta coexistencia se derivan, sobre todo en Oriente Próximo. Un conflicto que, para mayor complejidad, se agrava con elementos que recuerdan a las guerras de religión.

En 1993, Samuel P. Huntington publicó un controvertido artículo titulado «¿El choque de civilizaciones?», en el que planteaba que los conflictos planetarios que se darían en el futuro responderían a variables culturales. Esta tesis fue interpretada por sus contemporáneos como una réplica a la

proclama del «fin de la historia» de Francis Fukuyama, quien veía en el desmoronamiento de la Unión Soviética la liquidación de la historia como sucesión de luchas ideológicas. Hoy en día, el fenómeno del terrorismo fundamentalista es leído por muchos como un aval a las tesis de Huntington. Ataca los valores de la República, dicen en Francia — es decir, los valores «occidentales» de libertad, fraternidad e igualdad—. A nadie se le escapa que detrás de este conflicto entran en juego otros elementos. Los intereses económicos puestos en danza no son pocos, por eso Rusia tomó rápidamente cartas en el asunto. Pero tampoco sería prudente menoscabar el elemento religioso y cultural como vehículo de tensión.

¿Es Occidente corresponsable de la situación? Sin duda. La historia colonial y sus secuelas así lo demuestran. Pero sería injusto hacer una enmienda a la totalidad de la civilización occidental, europea, por tan cuestionables comportamientos. Porque es tan cierto que es mejorable como que contiene elementos de gran valor para cualquiera de ellas, entre los cuales se cuentan su capacidad de diagnosis y autocrítica, herencias de la mayéutica socrática y la Ilustración. Lo que sí debemos preguntarnos es por qué la universalización de algunos valores que asumimos como humanos, que damos por sentado como un hecho socialmente deseable, es leída desde otros puntos de vista culturales y axiológicos como nueva forma de imperialismo occidental.

Hablamos de la Declaración Universal de los Derechos Humanos (1948) como si fuera algo obvio en sí mismo, y olvidamos que se trata de un fenómeno fundamentalmente europeo, parte de su historia y sus contradicciones. Porque estos derechos no se explican sin los horrores de la segunda Guerra Mundial, sin las diferentes revoluciones sucedidas en la Europa de la Ilustración y sin el sustrato cultural de Atenas y Jerusalén. Nacen en Europa y se entienden desde Europa. No en vano existe también una Declaración de los Derechos Humanos en el Islam (DDHI), conocida como Declaración de El Cairo (1990), llevada a cabo por los

Estados miembros de la Organización de la Conferencia Islámica.

Conviene, pues, no olvidar a Jean-François Lyotard y su conocido libro *La condición posmoderna*, en el que sostenía que el «metarrelato», es decir, la existencia de un solo discurso que explicara toda la realidad, ya no era posible. Eso de buscar un gran paraguas que incluyera todos los microrrelatos de la vida era propio de otros tiempos. Por eso, nuestra condición es posmoderna. Pues bien, han pasado casi cuatro décadas desde la publicación de este libro y parece que la globalización es nuestro nuevo metarrelato. Seguramente no seamos conscientes de ello, porque la entendemos como algo muy neutro —muy *light*— en comparación con otros metarrelatos mucho más duros. Pero, a fin de cuentas, transmite una ideología. Y una ideología muy europea.

En el conflicto de metarrelatos que mantenemos con el resto de cosmovisiones se hace patente una paradoja: se confirman, a la vez, las tesis de Fukuyama y Huntington. Por una parte, parecemos asumir que con la globalización la historia se dirige de manera irremediable a la irradiación de un modelo de ver la vida —el nuestro— que, además, creemos que es potencialmente bueno para todo el mundo. Y, sin embargo, somos conscientes de que la pretendida bondad de nuestros valores es contestada por una parte significativa de ese mundo, vilmente explotado económicamente por el poder occidental.

Europa está en la encrucijada. Los ciudadanos que la conforman discuten su identidad, sospechosa de enmascarar los intereses económicos de unos pocos. Lejos queda la herencia del relato emancipador de la Ilustración, que, en teoría, constituye el proyecto social de Europa, como en parte corrobora la inquietante ascensión de la extrema derecha. Pero ocurre que este proyecto emancipador tampoco es reconocido como tal desde fuera de sus fronteras naturales, donde se cree que sirve para maquillar la reputación social de un despotismo económico global y neoimperialista.

Este libro quiere ayudar a la urgente revisión que debe hacer Europa respecto de sí misma y de su posición en el mundo. Aquí se reúnen 17 textos de diferentes referentes intelectuales que han querido aportar de manera personal y libre su perspectiva sobre la situación. Son reflexiones independientes que nacen de distintas sensibilidades, ideologías y disciplinas que se cuestionan cómo volver a sacar a flote el proyecto de Europa, que a su vez trazan un itinerario de lectura homogéneo. Desde valoraciones de conjunto sobre la vocación de lo que se espera que sea Europa a la consideración de cuestiones concretas que marcan su actualidad (el *Brexit*, la crisis de los refugiados, el problema de la seguridad, el papel de las emociones o el futuro de las religiones, por ejemplo).

En manos de quien lea este libro queda el veredicto de su mayor o menor pertinencia. Que cada cual saque sus propias conclusiones. Pero conviene no olvidar que, si bien la autocrítica puede ser una virtud deseable, su exceso es la antesala de la autodestrucción. Como recuerda George Steiner, Europa adolece desde siempre de un exceso de autoconciencia escatológica, como si fuera irreversible su destrucción apocalíptica.

Ni tremendismo ni triunfalismo, pues. El justo medio, como diría Aristóteles; ese es el arte de la prudencia. Y si, como relata el mito, la belleza de Europa hechizó al mismísimo dios de dioses, ¿por qué el atractivo de lo que evoca no puede volver a arrebatarlos? De quererlo, es tarea de todos ponernos manos a la obra para hacer de Europa un proyecto del que sentirse orgullosos y una plataforma útil para construir un mundo mejor. Esta es nuestra responsabilidad común, nuestro legado cívico.